

# VARGAS LLOSA Y LA TRADICION BIBLICA: LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO

POR

LEOPOLDO M. BERNUCCI

*Yale University*

Entre la gran variedad de textos que Mario Vargas Llosa selecciona para la elaboración intertextual de *La guerra del fin del mundo*, uno de ellos se destaca por su inventiva poética y su importancia estructural: la Biblia.

Lo primero que llama la atención con respecto al texto bíblico son sus figuras, que aparecen explícitamente en la novela sin que el lector necesite hacer gran esfuerzo para identificarlas. Figuras que, muchas veces extraídas no directamente de los Libros Sagrados y pasando por transformaciones varias, se encuentran en otras fuentes —*hipotextos*, diría Genette— de las cuales se sirve el novelista<sup>1</sup>. Algunas, además, son específicamente reveladas por el narrador básico («el encuerado de nombre bíblico —Caifás—»: 80; el caballo blanco: 287; las aves carniceras: 501, y los perros rabiosos del Apocalipsis: 430-31)<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Empleo el significado de la palabra *figura* de la manera como está expuesto en «Figura» de E. Auerbach. Vid. Erich Auerbach, *Scenes from the Drama of European Literature* (Gloucester, Mass.: Peter Smith, 1973), pp. 11-76. El rigor filológico del autor en este ensayo nos impide dar aquí una definición de «*figura*» que, como tal, abrace en el contorno de una sola frase su entera complejidad. Adopto, sin embargo, el significado más genérico que ofrece el crítico, es decir, «is something real and historical which announces something else that is real and historical». Por lo tanto, a diferencia de los símbolos, las *figuras* son históricas. Los símbolos —añade él— «possess magic power» y son «a direct interpretation of life and originally no doubt for the most part, of nature» (pp. 29 y 57).

<sup>2</sup> La imagen apocalíptica que el caballo de Moreira César despliega encuentra su correspondencia, casual o deliberada, en la descripción que Cunninghame Graham hace —besándose en E. da Cunha— del caballo del Coronel Tamarindo: «His horse, mortally wounded, had staggered a few paces farther on before it died upon its feet, resting against a bank. The Jagunços left it where it had finished its career, and the dry climate desiccated it, so that months afterwards, when a

A pesar de la influencia fundamental que *La guerra del fin del mundo* recibe de la Biblia, la crítica ha prestado muy poca atención a las relaciones intertextuales que hay entre estos dos textos. Con excepción de unas pocas menciones al Arca de Noé (46), Belo Monte como la Jerusalén (111), el León de Natuba como evangelista, Antonio Vilanova como apóstol (480), la ascensión de João Abade comparada a la ascensión de Cristo (531), lo que se ha dicho hasta ahora necesita, en definitiva, un examen más detenido<sup>3</sup>.

Pero antes de nada deberíamos acudir brevemente a un texto básico en la formación religiosa de Antonio Conselheiro: las *Missões Abreviadas* del padre Manoel Gonçalves Couto<sup>4</sup>. Libro largamente difundido en el Brasil del siglo pasado, reúne una considerable colección de doctrinas contra los vicios y los pecados en una refundición de preceptos bíblicos que se combinan con lecciones morales-religiosas.

Considera, pecador, que este mundo brevemente há de acabar; e perto do seu fim ele há de ser atribulado com grandes pestes, fomes, guerras, inundações e terremotos. Tudo isto é o princípio de grandes

---

new expedition passed through the defile, it was still perfect, undecayed and dry, with the wind lifting up its mane occasionally —a veritable pale horse of death, descended lineally from its prototype in the Apocalypse.» Robert B. Cunninghame Graham, *A Brazilian Mystic* (Freeport, N. Y.: Books for Libraries Press, 1971), 195. Vid. Euclides da Cunha, *Os sertões*, edición crítica de Walnice Nogueira Galvão (São Paulo: Editora Brasiliense, 1985), p. 24. Para las alusiones a *La guerra del fin del mundo* y a sus respectivas páginas, cuyos números aparecen entre paréntesis, utilizamos la edición publicada en Barcelona por Plaza & Janés, 1981. Las abreviaturas citadas a lo largo de este trabajo corresponden a las siguientes obras: AC = Mario Vargas Llosa, «Antonio Consejero», *Caretas*, número 570, 17 sept. 1979, pp. 38-39; ACC = Ataliba Nogueira, *Antônio Conselheiro e Canudos* (São Paulo: Brasiliana, 1978); ECo = *Nuevo Testamento*. Epístola a los Colosenses; OJ = Alfonso Arinos, *Os jaguncos*, en *Obra completa*. Org. por Afrânio Coutinho (Río de Janeiro: Instituto Nacional do Livro, 1968); MV = Nertan Macedo, *Memorial de Vilanova* (Río de Janeiro: Edições «O Cruzeiro», 1964); SF = «Sobre los fanatismos». Entrevista a Mario Vargas Llosa por Danubio Torres Fierro, *RUM*, núm. 1 (marzo 1982), pp. 5-7; SM = *Nuevo Testamento*. San Mateo.

<sup>3</sup> Las alusiones a que nos referimos son de autoría de Ana María Gazzolo. Si de una parte esta reseña trae alguna contribución, de otra peca por descuidos de lectura. Hablando del «único dato que nos aproxima a la idea de la Ascensión» y que «no se refiere al Consejero» (la ascensión de João Abade: 531) la autora pasa por alto la ascensión del líder de Canudos mencionada tres veces en las páginas anteriores (510, 513-14). Léase en su trabajo las páginas 182-183: «Mario Vargas Llosa: *La guerra del fin del mundo*», *CHA*, 382 (1982), pp. 178-185.

<sup>4</sup> Para la importancia de esta obra en la vida del Consejero, consúltese José Brandão da Silva Calasans, *O ciclo folclórico do Bom Jesus Conselheiro* (Bahia: Tipografia Beneditina, 1950), pp. 43-51; Macedo, *Memorial*, 47-58; Nogueira, 29-30.

dores e grandes males: todo este mundo há de ser abrasado com espantosos redemoinhos de fogo, e será reduzido a montão de cinzas com os seus viventes!... (Meditação XI - Sobre o Juízo Final), MV, página 58.

El contenido del párrafo citado es el mismo de una de las profecías que el Consejero hace a sus fieles en la novela: la destrucción final del mundo acompañada de advertencias para combatir al Anticristo y esperar el día de la resurrección de los muertos y del Juicio Final:

Si querían salvar el alma debían prepararse para las contiendas que se librarían cuando los demonios del Anticristo —que sería el Perro mismo venido a la tierra a reclutar prosélitos— invadieran como mancha de fuego los sertones<sup>28</sup>.

No es nada sorprendente que en estos «consejos» ya se verifique la noción apocalíptica del mundo y que en el esquema de la novela, previamente diseñado por Vargas Llosa, las prédicas y profecías del Consejero apunten a ese final demoledor. Porque la disposición de *La guerra del fin del mundo* está calculadamente regulada por las profecías bíblicas, que redundan en un final escatológico de gran impacto. Se sabe que, en una primera instancia, el autor había pensado escribir este libro utilizando los elementos narrativos de *Os Sertões*, que van hasta la Tercera Expedición de Canudos; y, efectivamente, de tal modo lo ha hecho. Más tarde la extiende hasta la Cuarta Expedición por razones que, según él, la propia estructura de la novela reclama.

Al principio, cuando empecé a trabajar en este material, tuve una idea más circunscripta y más parcial de mi proyecto. Se trataba de escribir una novela que coincidiera con la tercera expedición militar contra los yagunzos, la de Moreira César, y que debía durar lo que dura la expedición. Pero más tarde, cuando me puse a escribir, me di cuenta de que limitarla a ese episodio concreto era desperdiciar un material riquísimo y, además, que si quería mostrar la complejidad de la historia de Canudos había que retroceder hacia los inicios de la prédica de Antonio Consejero e ir, después, hacia la hecatombe final<sup>5</sup>. SF, p. 6.

Obsérvese aquí que la determinación del autor en querer prolongar el relato ha sido provocada por lo que Kermode llama «*the sense of an*

---

<sup>5</sup> Vid. también Vargas Llosa, «Historia de la historia de la historia: conversación en Lima». Entrevista por José Miguel Oviedo (*Escandalar*, Elmhurst, N. Y., 3, 1, 1980), p. 85.

*ending*»<sup>6</sup>. Además, importa subrayar que al adquirir esta nueva longitud la novela sufre un cambio de dirección notable, con felices repercusiones en su modelo apocalíptico. De *inminente*, pasa a ser *inmanente*; es decir, el mito de la destrucción da lugar al mito de la crisis que incorpora un conjunto más de batallas (la Cuarta Expedición), produciendo esta sensación de que la espera por el cierre del relato es infinita. Propio todavía del mito de la crisis es la manera como el libro termina: para los consejeros sobrevivientes la vida continúa, marcada por la circularidad del tiempo, la vuelta a los orígenes, el eterno huir de la «peste».

No hay que hacer un recorrido exhaustivo por los espacios de la novela para verificar que su disposición estructural así está hecha. Recordemos que las profecías de los cuatro fuegos del comienzo del libro se realizan al final exactamente como lo había dicho el Consejero. Quien las confirma es el León de Natuba, que en medio de la guerra resuelve la clave:

«Habrà cuatro incendios. Los tres primeros los apagaré yo y el cuarto lo pondré en manos del Buen Jesús» (152).

El humo es tan denso que el León de Natuba comienza a toser, a la vez que esa mente activa, creativa, funcionante, recuerda algo que el Consejero dijo alguna vez, que él escribió y que debe de estar también carbonizándose en los cuadernos del Santuario: «Habrà tres fuegos. Los tres primeros los apagaré y el cuarto se lo ofreceré al Buen Jesús.» Dice fuerte, ahogándose: «¿Es éste el cuarto fuego, es este el último fuego?» (513).

«Pois quando voltar ao Juazeiro diga ao padre [Padre Cícero] que o fogo do inferno vai cercar este lugar. Quando gritaram a República, os homens ativos inventaram umas armas de mola para combater o Peregrino [Consejero]. Haverá quatro fogos: os três primeiros são meus, o quarto eu entrego nas mãos do Bom Jesus. Ele que tome conta de tudo.» MV, pp. 137-138.

Trasladadas directamente de un importante hipotexto, *Memorial de Vilanova*, de Nertan Macedo, las dos citas sacadas de la novela de Vargas Llosa se colocan a una distancia considerable una de la otra.

---

<sup>6</sup> Vid. Frank Kermode, *The Sense of an Ending: Studies in the Theory of Fiction* (Nueva York: Oxford University Press, 1966).

Por extensión estilística y temática<sup>7</sup>, como método de amplificación, las 361 páginas que se intercalan entre ellas proveen justamente el espacio necesario para que el novelista desarrolle todo lo predicho. No hay que olvidar tampoco que en *La guerra del fin del mundo* las profecías ganan sentido en tanto «empezaban a ser realidad, las palabras hecho» (76). Uno de los personajes, María Quadrado, también dirá, con la misma seguridad: «todo pasa como estaba anunciado» (289)<sup>8</sup>.

A propósito del aspecto histórico de la *figura*, como vimos anteriormente, conviene recordar que las figuras vargallosianas extraídas de la Biblia están cargadas de temporalidad, la cual, por ser inherente a la Historia, apunta hacia el cerrar de un ciclo nietzscheano de sucesos. En la novela, las *figurae rerum* del Apocalipsis asumen su verdadera condición de prefiguradoras históricas, en tanto los hechos narrados son proféticos del acontecer histórico.

La existencia de una doctrina coherente enunciada por el Consejero hace que el significado de sus profecías sea preciso y aun controle todo el hilo narrativo de la obra. Bajo un aspecto, esta disposición de la estructura novelesca puede explicar la constancia de los yagunzos en la fe sembrada por su líder y su consecuente perseverancia en el luchar; pero bajo otro aspecto, sirve también para poner en evidencia el sentido apocalíptico que rige la vida de esta gente.

No es el caso de retomarse aquí la argumentación del contenido teológico de las *Prédicas* del Consejero, como lo han hecho algunos autores<sup>9</sup>. Conviene, sin embargo, examinarlas a manera de cotejo, porque provienen directamente de los Libros Sagrados (Lucas, 2, 21-22).

El Consejero se había puesto a hablar, acallando los ruidos. No hablaba de los perros ni de los elegidos, sino de las tempestades de dolor que se levantaron en el Corazón

Na Lei antiga se mandava aos pais circuncidar seus filhos oito dias depois de nascidos, e esta cerimonia era dolorosa porque o menino que a recebeu sofria a ferida, da qual

<sup>7</sup> Genette, *Palimpsestes* (París: Éditions du Seuil, 1982), pp. 298-306.

<sup>8</sup> Honorio Vilanova, personaje histórico de la novela, declararía más tarde: «O Peregrino estava sempre presente e pronto a repetir os mandamentos da Lei de Deus e aconselhar ao povo. Tudo que ele proferiu antes da guerra nós vimos.» Macedo, *Memorial* 68. «Conselheiro, prevendo os futuros embates, não consentia que se construísse casas nas duas margens do rio. Dizia ele: Do lado de lá do rio, virá o fogo do inferno. Isso foi interpretado, mais tarde pelos conselheristas, como a própria guerra que reventaria naquela direção.» Montenegro 38.

<sup>9</sup> Macedo, *Memorial*, 58-63; Nogueira, 22-30, 35-37; Douglas T. Monteiro, «Um confronto entre Juazeiro, Canudos e Contestado», en *História Geral da Civilização Brasileira*, tomo III, 2.º vol., dir. Boris Fausto (Rio de Janeiro: DIFEL, 1977), pp. 39-92.

de María cuando, respetuosa de la ley de los judíos, llevó a su hijo al Templo, a los ocho días de nacido, para que sangrara en la ceremonia de la circuncisión. Describía el Consejero, con un acento que llegaba al alma de María Quadrado —y podía ver que todos estaban igual de conmovidos—, como el Niño Jesús, recién circuncidado, extendía hacia la Santísima sus brazos, reclamando consuelo, y como sus balidos de corderito penetraban en el alma de la Señora y la suplicaban, cuando rompió a llover... El Consejero decía que era preciso oír cómo gimió María al ver tan linda flor bautizada de sangre en el alborear de su preciosa vida, y que ese llanto era símbolo del que a diario lloraba la Señora por los pecados y cobardías de los hombres que, como el sacerdote del Templo, hacen sangrar a Jesús (286-287).

Era ya noche y en la salida de Cocorobó el Consejero diferenció a Eva, en la que predominaban la curiosidad y la desobediencia, de María, toda amor y servidumbre y quien nunca hubiera sucumbido a la tentación del fruto prohibido que desgració a la humanidad (288).

naturalmente saía sangue. A cumprir esta lei nossa carinhosa Mãe humildemente se sujeita, entregando o seu doce Jesus; e enquanto o ministro faz seu dever, o mimoso Filho para ela estende os bracinhos, querendo consolar-se nas complacências que tem para com esta alma bendita: ao mesmo passo que como cordeirinho dá balidos tão tocantes, que penetram o sagrado coração da grande Senhora.

... ..

Espiritualmente presente a esta cena de ternura, é necessário dar expansão aos afetos de nossa alma, é preciso chorar com Jesus que chora por nós, sentir com Maria que geme ensinando-nos quanto é sensível ver tão linda flor matizada de sangue ainda no alvorecer de sua preciosa vida. Outra vez digo: que choremos com Jesus e com Maria, ou antes: choremos os crimes, que têm sido causa de tantas lágrimas. ACC, páginas 58-59.

Em Eva sobressai a curiosidade e desobediência a Deus; em Maria o amor e obediência a levam ao pé da cruz e onde está a vontade do Senhor. Eva olhava cheia de criminosa complacência para o fruto proibido; Maria olha amargurada para o fruto abençoado, pendente da verdadeira árvore da vida: foi proibido à primeira mãe tocar naquele fruto; desta Mãe aprendemos, não só tocar como recolher no coração o preciosíssimo fruto Jesus: Eva finalmente comendo desse fruto proibido desgraçou-se a si e a todos nós; ACC, p. 87.

La imitación literal del hipotetxo es más que evidente. El novelista, en este pasaje bíblico, y en otros, no hace cambios radicales que alteren el significado primigenio de los sermones del Consejero. Se busca, antes, una perfecta y directa conexión entre el texto original y el texto receptor, porque este último debe retratar al Consejero integralmente y sin reservas como el enviado de Dios, el Mesías. Otros momentos más muestran al Consejero entregado a su tarea de profeta, de pastor cuya misión es cuidar a su rebaño.

Refiriéndose a Dios y a su Iglesia dijo que el cuerpo debía estar unido en todo a su cabeza, o no sería cuerpo vivo ni viviría la vida de la cabeza, y María Quadrado, los pies hundidos en el fango cálido, sintiendo contra sus rodillas el carnerito que Alejandrinha Correa tenía de la cuerda, entendió que hablaba de la indisoluble unión que debía haber entre los elegidos y él y el Padre, el Hijo y el Divino en la batalla. Y bastaba ver las caras del contorno para saber que todos entendían, como ella misma, que estaba pensando en ellos cuando decía que el buen creyente tenía la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma (287).

El es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia: principio, primogénito de los muertos, a fin de que obtenga la primacía de todas las cosas<sup>10</sup>... ECo, pp. 1, 18.

Mirad que yo os envío cual ovejas en medio de lobos, sed, pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas. SM, pp. 10, 16.

La elaboración bíblica reviste ciertos rasgos de interés y una complejidad mayor que lo que hasta aquí se ha visto. Sin escapar a las características generales de un Mesías que el retrato del Consejero tiene, cada elemento que aparece de las Sagradas Escrituras va tejiendo, por analogía, la imagen del Enviado de Canudos. Los primeros momentos de las prédicas en la novela ya condensan figurativamente la peregrinación (*éxodo*) del Consejero (*Moisés*) y sus secuaces (*hebreos*) por el nordeste de Brasil (*desierto*) y su establecimiento definitivo en las regiones de Belo Monte (*Israel*).

Si la relación intertextual de este pasaje con la Biblia puede parecer difusa y escurridiza, por la total ausencia de marcas lingüísticas, observe-

<sup>10</sup> Cfr. también la Epístola a los Efesios, 5, 22-24.

mos una vez más la siguiente comparación, en donde hay una verdadera coincidencia lexical:

Cuando el hombre partía, se hablaba de él: que era santo, que había hecho milagros, que había visto la zarza ardiente en el desierto, igual que Moisés, y que una voz le había revelado el nombre impronunciable de Dios (17).

Deus se lhe revelara ali, como outrora a Moisés, na sarça ardente do Horeb. OJ, p. 139.

Y, como los bandoleros, lo respetaron las serpientes de cascabel que asombrosamente y por millares brotaron en los campos a raíz de la sequía (28).

Nenhum bicho do mato o ofendia, nem mesmo as cobras. OJ, página 153.

Estas líneas provienen de la novela *Os jagunços*, de Alfonso Arinos, que a su vez se basa en el texto del Antiguo Testamento, Números, 21,4-9. Son las primeras en iniciar la red de analogías que se desarrollará en la novela. Aun cuando la analogía no parte del protagonista, continúa contaminando otros discursos, como el del narrador básico que, utilizando un símil conocido, compara la proliferación de las cuadrillas de bandoleros con «los panes y pescados bíblicos» (27)<sup>11</sup>. Asimismo, permite conocer la variedad de aspectos que componen la figura sagrada del líder: predica «desde un montículo» (287) o un lugar preferentemente alto (púlpito: 29, andamio del templo: 91, carreta: 286); camina con un corderito blanco (200-1)<sup>12</sup>; sus rasgos físicos de Mesías (15-17)<sup>13</sup>; el huerto de los olivos (481); su sudario (484); el velorio de tres días y tres noches (482); su ascensión (510, 514); los apóstoles (288); su lenguaje alegórico (287).

<sup>11</sup> *Vid.* Lucas, 9, 10-17; Mateo, 14, 13-21; Marcos, 6, 30-44; Juan, 6, 1-15.

<sup>12</sup> Se trata otra vez de un préstamo textual que hace Vargas Llosa. Macedo declara que, según Honório Vilanova, el «carnerito» realmente existió y murió baleado: «Quando o Peregrino caminhava pelo povoado, coisa rara, ia sempre acompanhado de um carneirinho, como o do Menino Jesus... O Carneirinho morreu aos pés do Peregrino, ferido de bala num dos combates.» Macedo, *Memorial*, 69-70. Léase también en la novela p. 481.

<sup>13</sup> «Hijo de hombre, vestido de túnica talar y ceñido el pecho con cinturón de oro; y su cabeza y sus cabellos blancos cual lana blanca como la nieve; y sus ojos como llama de fuego; y su voz como estruendo de muchas aguas.» Apocalipsis, 1, 13-16. Lo subrayado es mío.

El tema de la ascensión a los cielos y la resurrección entre los yagunzos no era poco común. La sensibilidad del sertanero a las cosas del más allá animaban su imaginación hacia la interpretación destemplada de los hechos insólitos ocurridos en esta vida. José Calasans afirma que «a ressurreição, que tanto empolgava o ambiente dominado por António Conselheiro, ganhou por igual terreno no seio dos defensores da ordem. Muitos soldados ficaram dominados pelo temor sobrenatural e até viram jagunços ressurgidos»<sup>14</sup>.

La explotación del tema de la resurrección, en *La guerra del fin del mundo*, sólo alcanza la creencia de los yagunzos y no llega a tocar la de los militares. Pero el modo como ocurre es extremadamente elaborado, reuniendo datos de la experiencia personal de Vargas Llosa, como testigo ocular durante las investigaciones que hizo por el *sertão* del nordeste de Brasil, y de su experiencia libresca.

—¿Y el Consejero, y el Consejero? —oye decir, casi en su oído—. ¿Cierto que subió al cielo, que se lo llevaron los ángeles? (510).

más adelante otra mujer hace la misma pregunta:

—¿Es verdad que el Consejero subió al cielo? —lo interrumpe una mujer, que habla sin mover la boca ni los ojos (514).

y, finalmente, una viejecita responde al Coronel Macedo sobre el paradero de João Abade:

—¿Quieres saber de João Abade? —balbucea su boca sin dientes.

—Quiero —asiente el Coronel Macedo—. ¿Lo viste morir?

La viejecita niega y hace chasquear la lengua como si chupara algo.

—¿Se escapó entonces?

La viejecita vuelve a negar, cercada por los ojos de las prisioneras.

—Lo subieron al cielo unos arcángeles —dice, chasqueando la lengua—. Yo los vi (531).

Hasta cierto punto se pueden interpretar las preguntas y la respuesta de las tres mujeres yagunzas, en relación a la ascensión, como versiones correspondientes a lo que Vargas Llosa oyó en el *sertão*:

... para mí, la opinión más instructiva del viaje es la de una viejecita descalza y requemada, menuda como una criatura, que molía maíz entre enjambres de moscas, en su vivienda de barro, en el poblado

<sup>14</sup> Calasans, *O ciclo*, 58. E. da Cunha fue el primero en apuntar esta superstición entre los soldados. *Vid. Os sertões*, 362.

Bom Jesús (hoy Crisópolis) que el Consejero fundó y donde se conserva intacta la iglesia que edificó. «¿Antonio Consejero? —nos dijo—. No ha muerto. Y tengo esperanzas de verlo y de que me dé algunos consejos antes de morir»<sup>15</sup>. AC, p. 39.

El mito final que expresa *La guerra del fin del mundo* se refiere, sin duda, a la presencia todavía actual de la imagen del asceta —y acaso de algunos yagunzos— en la memoria colectiva; presencia que, sea dicho de paso, no cobra mayor relieve en el mundo real de hoy día, como el propio autor pudo constatar.

Aunque el recuerdo del Consejero está vivo en mucha gente, uno buscaría en vano imágenes suyas en los muros de los hogares donde se le recuerda. Gran diferencia con el Padre (pero éste era un político y él un moralista) cuya figura menuda, aposentada sobre nubes con amorcillos, aparece en todo el sertón bahiano. AC, p. 39.

Los elementos esenciales relativos al significado escatológico de la destrucción de Canudos están expuestos con mayor rigor en otro trabajo nuestro<sup>16</sup>. No obstante, quisiéramos rescatar ahora el otro sentido, quizá más corriente, del vocablo y relacionarlo con otro menos usado, la escatofagia, que aparece en este pasaje de la novela.

Lo intuyó en el acto, desde el primer momento. Había algo misterioso y sagrado en estos cuescos súbitos, tamizados, prolongados, en esas acometidas que parecían no terminar nunca, acompañadas siempre de la emisión de esa aguadija. Lo adivinó: «Son óbolos, no excremento.» Entendió clarísimo que el Padre, o el Divino Espíritu Santo, o el Buen Jesús, o la Señora, o el propio Consejero, querían someterlos a una prueba. Con dichosa inspiración se adelantó, estiró la mano entre las beatas, mojó sus dedos en la aguadija y se los llevó a la boca, salmodiando: «¿Es así como quieres que comulgue tu sirvo, Padre? ¿No es esto para mí rocío?» Todas las beatas del Coro Sagrado comulgaron también, como él.

¿Por qué lo sometía el Padre a una agonía así? ¿Por qué para sus últimos momentos defecando, defecando, aunque fuera maná lo que escurría su cuerpo? (479).

El episodio citado ocurre poco antes de la muerte del Consejero, quien, acometido de una fuerte disentería, parece cercado de sus más fieles

<sup>15</sup> Vid. también Vargas Llosa, «Canudos revisitada» [entrevista por Vera Martins], *Isto é*, São Paulo, núm. 143, 19 set. 1979, p. 61.

<sup>16</sup> «*La guerra del fin del mundo*» de Mario Vargas Llosa: un estudio *trans-textual*. Tesis de doctorado. University of Michigan, Ann Arbor, Michigan, 1986.

devotos, entre ellos, el Beatito. No deja de ser sugestivo el significado que tiene la palabra «maná» designando excremento comible dentro de la red analógica de imágenes bíblicas. Pero la analogía, aunque indirecta, no está del todo desvinculada de la realidad, porque sigue las mismas normas de lectura que hace el novelista con respecto al hipotexto historiográfico consultado. Manuel de Figueiredo, corresponsal del periódico *A Noticia*, durante los momentos finales de la Campaña de Canudos, relata que la idolatría de los consejeristas por su líder espiritual era tamaña que «as dores de dentes, de ouvidos, o flato, os *vágados*, etc.» eran «curados com un pedaço de burel do Conselheiro ou com o pó das suas fezes, que são para este fim guardadas pelos mais fanáticos em saquinhos de papel»<sup>17</sup>.

Mimoso-Ruiz ha visto en este episodio «un rito de comunión carnavalesca» que a nuestro entender no existe<sup>18</sup>. La seriedad y el tono austero, como notas dominantes de la impermeabilidad del discurso del narrador, no se dejan penetrar por ninguna gota cómica que pudiese sacarlo de su régimen de austeridad. Tampoco se está cometiendo aquí la profanación, en términos carnavalescos, de la comunión como rito sagrado, sino que lo que hay, en efecto, es la consagración del rito de la comunión, que echa mano a otros instrumentos.

Efectivamente, la actitud del narrador no es satírica en el pasaje aducido, pero llega, en ocasiones, a serlo, admitiendo, además, como componente de esta modalidad representativa, lo grotesco; un grotesco característico de la degradación del mundo en que se vive, en el caso de la Barbuda (522), o un grotesco que pretende simplemente satirizar a los militares, en el caso del Coronel Neri (464), o todavía ridiculizar, en plan de infame denuncia, la perversidad sexual de algún soldado (493) bajo la mira certera del narrador. Estos tres últimos ejemplos, sí, podrían ser

<sup>17</sup> Walnice Nogueira Galvão, *No calor da hora* (São Paulo: Atica, 1974), 456. Consúltese también: Calasans, *O ciclo*, 35-36; María Isaura Pereira de Queiroz, *O messianismo no Brasil e no mundo* (São Paulo: Dominus Editora, Univ. de S. Paulo, 1965), pp. 203-204. Bakhtin comenta las propiedades curativas de las materias expelidas por el cuerpo y habla del significado religioso que tienen como reliquias. Vid. Mikhail Bakhtin, *Rabelais and His World*, trad. de Hélène Iswolsky (Cambridge: The M.I.T. Press, 1968), pp. 335, 349.

<sup>18</sup> Duarte Mimoso-Ruiz, «La guerra del fin del mundo de Vargas Llosa et l'aventure messianique de Canudos: la raison prise au piège» (*Les langues Néo-Latines*, núm. 243, 1983, p. 114). Para Bakhtin, lo carnavalesco se comprende entre las categorías de la representación seria y cómica. Nótese que la ausencia de una de ellas en el discurso literario bastaría para anular su carácter sincrético o, más específicamente, dialógico. *Problems of Dostoevsky's Poetics*. Ed. y trad. de Caryl Emerson, introd. de Wayne C. Booth (Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, 1985), pp. 106-110, 122-132.

estudiados desde una perspectiva de la carnavalización bakhtiniana, para quien las cómicas presentaciones en las ferias eran las ocasiones ideales para el ejercicio de «las grotescas imágenes del cuerpo»<sup>19</sup>.

Bakhtin sostiene todavía que otra modalidad de lo grotesco se articulaba en la Edad Media: lo grotesco épico. Muchas escenas de la novela en las cuales se pueden ver las atrocidades corporales durante las batallas (e.g. órganos genitales metidos en la boca del muerto), confirman esta observación del crítico. Todavía, la propia cita que hace de *La Franciade*, de Ronsar («If you wish a soldier or an officer to die on the battle field, he must be smitten at then most sensitive part of his body and you must be a good anatomist to draw such a picture»)<sup>20</sup>, sugiere una inmediata asociación con esta escena de *La guerra del fin del mundo*:

... acaba de ser herido en la cadera, por una bala perdida, el Coronel Neri, mientras hacía una necesidad biológica en una encrucijada de la «línea negra» (464).

Se percibe, con relativa facilidad, que el modo narrativo de este pasaje no es el del narrador básico, que, si así fuera, imprimiría una nota de humor sarcástico al incidente. Al contrario, la perspectiva de lo narrado aquí es, con toda seguridad, la de un soldado («le dan al General una mala noticia») que, delante de su superior, y por respeto, usa el eufemismo «caderas» para evitar, por supuesto, una palabra de significado más crudo, «nalgas», u otra netamente vulgar, «culo». Observemos, sin embargo, que a pesar de la omisión de estas dos últimas palabras, la imagen que el lector aprehende en su totalidad es la de la grotesca degradación del militar.

Para concluir, es útil retomar una vez más las reflexiones de Kermode sobre el significado apocalíptico en la obra literaria. Estructuralmente diferenciada de la Biblia, *La guerra del fin del mundo* pretende mantener sus amarras con el Texto Sagrado, pero al hacerlo, lo niega dialécticamente en tanto su ordenación temporal se distancia de la triple disposición de aquélla: comienzo (génesis), medio y fin (apocalipsis). La novela comienza *in medias res* y en su estructura trabada el argumento gira en torno a las profecías iniciales para perseguir hasta el final la realización de una tragedia apocalíptica. Por eso es posible contemplar en esta obra tanto la inmanencia de una crisis como la inminencia de la tragedia. *La guerra del fin del mundo* representa no sólo una

<sup>19</sup> Bakhtin, *Rabelais*, pp. 352-353.

<sup>20</sup> Bakhtin, *Rabelais*, p. 354.

crisis, sino que también ésta asume todas las fisonomías del Apocalipsis, de una hecatombe final. La desgarradora visión del último escenario de la guerra de Canudos no hubiera podido ser más expresiva que la que se nos presenta: perros carniceros devorando a los cadáveres como las hienas bíblicas, y pájaros infernales como los del Apocalipsis<sup>21</sup>. Son imágenes verídicas hartamente documentadas por los cronistas de la guerra. El perenne desenlace, conocido de antemano a través de las profecías, se hace más horroroso a medida que nos acercamos a la consumación de Canudos. Su desaparición va ocurriendo lentamente y, al realizarse, no se ajusta de modo perfecto a la condición de simple *fin*. Movidos por la esperanza de un incierto porvenir, los consejeristas sobrevivientes empiezan su perpetua peregrinación por el *sertão*, con la sola certidumbre de que todo comienza otra vez. En esto reside el admirable final de la novela.

---

<sup>21</sup> *Vid.* Isaías, 13, 21-22; 34, 13-14; 56, 9-11; Revelaciones, 19, 17-21.

